

La animación sociocultural como metodología y sector profesional del educador social

Pere Soler Masó

Universitat de Girona

El presente artículo no pretende entrar en el debate del acierto u oportunidad de la figura profesional del educador social, ni el acierto del nivel formativo que se le ha atribuído. Esta discusión sería ahora poco oportuna. El Educador/a Social es ya una realidad, una figura profesional concreta con unas perspectivas profesionales y con una primera promoción que acaba de salir al encuentro del mundo profesional. Así pues, su configuración es ya, por ahora, una realidad que hay que asumir y en la que debemos trabajar evidenciando su utilidad social. Esta será la manera más evidente de demostrar, si cabe, la necesidad de una mayor formación y reconocimiento.

Nuestro propósito se concreta en ayudar, en la medida de lo posible, a formular una reflexión en torno al papel que la animación sociocultural puede tener en la formación de los diplomados en educación social. Para ello, es preciso ante todo formular unas primeras reflexiones sobre nuestra interpretación de la figura del Educador/a Social en España.

Reflexiones sobre la figura profesional del diplomado en Educación Social

El Real Decreto 1.420/1991, de 30 de agosto, establece las directrices generales del plan de estudios del diplomado en educación social. En este documento se especifica que las enseñanzas "*deberán orientarse a la formación de un educador en los campos de la educación no formal (incluidos los de la tercera edad), inserción social de personas desadaptadas y minusválidos, así como en la acción socioeducativa*". De esta orientación formativa se desprende el tratamiento de tres grandes ámbitos con sus agentes específicos: la educación especializada, la animación sociocultural y la educación de adultos. Esto ha significado unir en un solo título a profesionales con antecedentes propios. Esta integración no ha sido ni es fácil. Se trata de un amplio colectivo con historias, niveles de formación y organización muy diferentes. También es cierto que en poco tiempo se ha avanzado mucho y que las perspectivas son muy esperanzadoras. El I Congreso del Educador Social celebrado en Murcia en abril de 1995 proporciona una muestra evidente de esta voluntad y de los esfuerzos que se realizan en la línea de concretar la identidad y de recuperar e incorporar las distintas trayectorias y colectivos profesionales, aunque el congreso también permitió ver

realidades y discursos muy diferenciados atendiendo al tratamiento y aportaciones que se hicieron a cada uno de estos grandes ámbitos de intervención socioeducativa.

Nuestra intención es poner a debate precisamente la conveniencia de seguir manteniendo un triple discurso profesional dentro de la formación de los diplomados en educación social. Se habla y escribe aún del profesional de la educación especializada —aunque quizá es el colectivo que más fácilmente se ha incorporado en el perfil del educador social y que ha sabido sustituir su antigua denominación por la de educador social—, del profesional de la animación sociocultural y del educador de adultos. Ello complica tanto la reflexión como el reconocimiento de un colectivo más amplio, con identidad propia. Es evidente que se trata de tres realidades complementarias pero distintas, con historias propias y con ámbitos profesionales específicos. Es cierto que históricamente han nacido como respuesta a necesidades distintas y que han experimentado evoluciones también distintas. También es cierto que en estos momentos, por lo menos a nivel académico universitario y profesional, constituyen una única figura reconocida socialmente: el educador social. Es en este sentido que quizá cabría hablar de un único profesional con sectores o ámbitos de intervención diferenciados. Esta idea desarrollada en su totalidad significaría la necesidad de una importante formación generalista en la figura del diplomado en educación social; formación que, por supuesto, no excluiría la posibilidad de materias optativas y de una cierta profundización en determinadas técnicas, problemáticas o modalidades de intervención, sin que ello significase una especialización y menos aún un título profesional específico. El limitado número de horas de formación propias de una diplomatura, el poco conocimiento de muchos de estos temas con el que parten la mayoría de los alumnos que inician los estudios y la complejidad y seriedad que requiere el tratamiento de algunos de estos contenidos y problemáticas impiden, a mi modo de ver, una auténtica especialización en sólo tres años.

Junto a este enfoque hay que contemplar también la necesidad formativa interdisciplinar que cada vez requieren más los educadores. La globalidad del concepto de educación y la multivariada de factores que intervienen en este proceso precisa de profesionales con conocimiento del proceso educativo desde una perspectiva integral, aunque sólo sea para requerir la ayuda del profesional adecuado o para tener un conocimiento suficiente que permita no per-

judicar a los sujetos y facilitar un verdadero trabajo interprofesional. El hecho educativo es uno y el centro de reflexión no debe ser la figura profesional ni el proceso educativo, sino el sujeto o grupo de intervención y sus necesidades. Junto a esta reflexión no podemos ignorar tampoco el peligro que puede suponer fraccionar las intervenciones educativas en distintas figuras profesionales. El maltrato institucional en el campo educativo es de todos conocido. Muchachos y adultos que han sido llevados de un profesional a otro y de un centro a otro sin resolver su problema. La especialización profesional es una necesidad que puede repercutir en un mayor grado de atención, pero también en una excesiva parcialización del hecho educativo. Cabe encontrar el equilibrio, aunque no es nada fácil.

Por todo ello, debemos valorar seriamente cómo mantener los distintos ámbitos y sectores de intervención del educador social con la especificidad que requieren sin perjudicar la globalidad de la figura y la necesidad de una formación integral.

La intervención sociocultural es una realidad incuestionable. Nadie lo pone en duda.

La intervención sociocultural es un hecho evidente. Su reconocimiento también ha ido en aumento, pero con distintos ritmos y etapas. Hay países en los que el sector sociocultural se ha desarrollado con más facilidad, y ello ha significado la estructuración de un importante sector profesional. En España no ha sido así. Este sector se ha desarrollado especialmente con la entrada en la democracia, durante los años setenta. Importantes escuelas no formales (escuelas de animadores y de tiempo libre) son las que protagonizaron esta primera "profesionalización" y son las que aún en la actualidad dan sentido y formación a un importante grupo de militantes y voluntarios vinculados a este sector.

Con la reforma de los planes de estudios, a finales de los años ochenta se crea una primera posibilidad de formación académica y reconocimiento de este sector, ya en el ámbito formal, dentro del sistema educativo reglado. Se trata del módulo de nivel 3 de la Formación Profesional con el nombre de *Técnico en Actividades Socioculturales*. Esta entrada en el sistema educativo se complementa, pocos años después, con la incorporación en la formación del nuevo diplomado en Educación Social, de la dimensión educativa propia de las intervenciones socioculturales. Significa el reconocimiento de este sector profesional en aumento y necesitado de una mayor formación. De este modo, el "nuevo" educador social integra esta dimensión y la comparte, teóricamente, con los perfiles del educador de adultos y con la figura —más conocida y quizá con un colectivo también más organizado— del educador especializado.

Ya en mayo de 1988, en las *Jornadas sobre la Formación de Educadores y Agentes Socioculturales* que se celebraron en Barcelona, se intentó estudiar las distintas modalidades y ámbitos de intervención que se encontraban bajo estas denominaciones. En lo referente a la animación sociocultural se concretó que este concepto partía de la concepción de cultura como desarrollo comunitario, como innovación y creación y con el propósito de aumentar la calidad de vida de un territorio. La animación sociocultural pretendía dinamizar los procesos de la comunidad de modo que sus destinatarios fuesen los mismos protagonistas del desarrollo social. Es en este sentido que, también en la actualidad, se habla de la animación sociocultural como una metodología de intervención socioeducativa.

En las mismas jornadas se debate también sobre la pedagogía del tiempo libre y se observa que cada vez ésta se encuentra más

identificada con la animación sociocultural. Se concreta al respecto que: "pretende ayudar a las personas a incrementar sus recursos personales y a saber usar los del entorno, a adquirir una progresiva autonomía y capacidad de vida y trabajo en grupo, a tener conciencia de sí mismo, del propio desarrollo y de los obstáculos que necesita resolver".

Respecto a la figura del educador especializado las mismas jornadas, concretaban su labor en apoyar el proceso de desarrollo de los recursos internos en el sujeto, de modo que facilitasen su intervención social activa en el marco del desarrollo comunitario. Su intervención, se decía, pretende desbloquear las relaciones entre el individuo y la colectividad vinculando a las instituciones y potenciando las capacidades de los sujetos en relación a su desarrollo personal. En este sentido, la intervención de la educación especializada pretendía una integración social crítica y diferenciada, así como la evolución hacia una vida autónoma.

Estos planteamientos tienen aún cierta validez y nos permiten ver importantes coincidencias entre estos ámbitos de intervención. Aun así, las posibles figuras mantienen rasgos específicos y en las mismas jornadas se realizó una síntesis destinada a resaltar las diferencias existentes entre estos y otros agentes de intervención socioeducativa. En lo referente a la educación especializada y la animación sociocultural, se concretó que la primera se dirigía a un público mayoritariamente con problemas psicosociales, a los que se ofrecería una intervención reeducativa o terapéutica y con una importante labor de organización de la vida cotidiana, mientras que la animación sociocultural no tendría un público específico, en su intervención se hacía menor hincapié en la relación educativa y se caracterizaría por una importante función de promoción de actividades, de animación de dinámicas grupales y de información y asesoramiento a instituciones y grupos.

A pesar de estos y otros intentos de diferenciación, en muchas intervenciones socioeducativas predominan los puntos de coincidencia entre ambas modalidades de intervención. Especialmente en algunas intervenciones si tenemos presente que a menudo, simplemente por la lógica de la prioridad, los programas de animación sociocultural (y con ellos los de la pedagogía del tiempo libre) son usados estratégicamente como un recurso preventivo o terapéutico en sectores de población con riesgo o con una problemática personal o social. Existe pues una clara intersección que provoca que en muchos casos resulte imposible especificar cuando termina la intervención educativa especializada y cuando empieza la labor de animación sociocultural (fig. 1).

Aunque no trataremos en estas líneas la educación de adultos, interesa mencionar que con ella ocurriría lo mismo. Basta recordar que ya en la Conferencia de Tokio de 1972 se reconoce que la educación de adultos forma parte de la educación permanente (se habla de educación compensatoria, de formación continua y de promoción humana de los sectores sociales marginados). También el Informe de Tokio de 1983 pone de manifiesto que "Educación de Adultos y desarrollo cultural son los dos componentes de un proceso global y es urgente integrarlos". Así pues, una adecuada formación de adultos debe buscar estrategias de formación que partan del conocimiento, de la experiencia, de la vida de los propios adultos... de su cultura y, en la medida de lo posible, convertir a estos adultos en los protagonistas de su cambio cultural y su mejora social. En definitiva, significa partir de la metodología de la animación sociocultural como estrategia formativa. Existe pues una importante intersección también entre estos dos conceptos y entre ambos y la educación especializada (fig. 1).

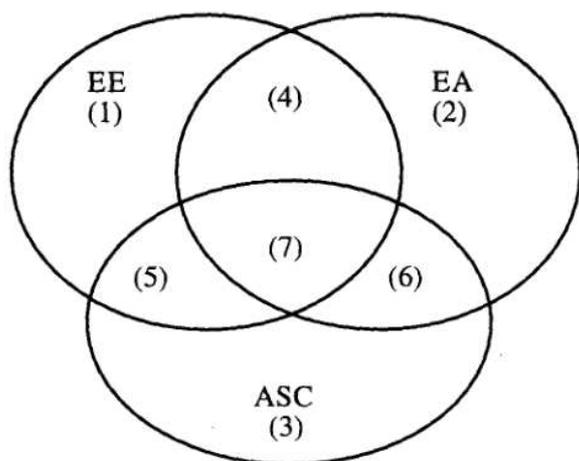


Figura 1

Los tres grandes ámbitos del educador social

La animación sociocultural se presentaría como una metodología fundamental y básica para el trabajo de cualquier educador social. Una metodología válida, junto a otras, para aplicar en cada uno de los tres grandes ámbitos que, en principio, han dado sentido a la configuración de los estudios de educación social:

- (1) EE: Por ejemplo, la intervención educativa del educador en una unidad básica de servicios sociales.
- (2) EA: Por ejemplo, un curso tradicional de formación de adultos.
- (3) ASC: Por ejemplo, un programa de dinamización de un centro cívico.

Aunque estos tres ejemplos mantienen una zona propia en cada uno de los ámbitos de intervención según la fig. 1, no existiría realmente una intervención pura y exclusiva en cada uno de estos sentidos. Cualquier intervención en adultos tiene efectos educativos y, por consiguiente, es educación de adultos (tanto si se hace desde un programa de animación sociocultural como si se encuentra en el sector de la intervención educativa de personas en situación de marginación). Asimismo, habitualmente los educadores hacen uso en algún momento de su intervención de las estrategias, métodos o técnicas de la animación sociocultural. Aun así, algunas intervenciones se podrían catalogar como más propias o características de cada ámbito o sector concreto, en el sentido que lo hemos hecho.

Algunas intervenciones pueden situarse claramente en las diferentes zonas de intersección. En este sentido, la zona señalada con el (4) podría ser la propia, por ejemplo, de una intervención educativa realizada en una institución penitenciaria o algunos programas de formación/preparación ocupacional de personas discapacitadas o con procesos de desestructuración social. Podríamos hablar también de intervenciones destinadas a resolver el ocio de niños/as y jóvenes con discapacidades. En este caso, nos hallaríamos seguramente en la zona señalada con (5). La zona (6) podría estar representada por muchas de las intervenciones que se realizan en cursos de adultos en los que se parte de la metodología de la animación sociocultural, así como también algunos de los programas de animación de centros geriátricos en los que la animación de la vida co-

tidiana parte de aprovechar y potenciar las habilidades y conocimientos que estos sujetos poseen. La intersección de los tres grandes ámbitos señalada como la zona (7) podría ser la propia, por ejemplo, de la intervención educativa que se realiza para el tiempo libre de las personas adultas discapacitadas o, por citar otra posibilidad, de los programas destinados a dinamizar la vida de una residencia de toxicómanos.

La animación sociocultural como metodología en la intervención del educador social

La figura del educador social como un profesional de la educación con intervención directa requiere el dominio de diferentes metodologías de intervención. Entre ellas cabría citar la investigación-acción, la investigación participativa o la misma animación sociocultural. Este dominio metodológico adquiere aún mayor sentido cuando contemplamos la necesidad de una intervención educativa integral, especialmente en aquellos sujetos con mayor desestructuración y demanda de una atención educativa especial. En la construcción y desarrollo de la personalidad de estos sujetos tiene un valor propio el ocio, la relación con los otros en el marco de la vida cotidiana, la diversión y la relación con la comunidad y sus grupos e instituciones. En el marco de esta reflexión nos planteamos las siguientes cuestiones: ¿Hace falta para ello la figura de dos educadores, uno "especializado" en la problemática y el otro en la animación? ¿Esta doble función, si cabe, es en beneficio del sujeto? ¿Puede el educador desde una única intervención "especializada" cubrir esta necesidad?

La animación sociocultural como un sector profesional del educador social

Admitir la necesidad de que la animación sociocultural sea contemplada como una metodología fundamental en la formación e intervención del educador social no implica negar la existencia de un sector profesional propio de la animación sociocultural y que escaparía de la intersección con la educación especializada o la educación de adultos. Existe una diversidad de proyectos y ocupaciones que actualmente se prevé en el campo de la educación social y que no pertenecen al ámbito estricto de la atención especializada a grupos en situación de marginación o inadaptación y que no son catalogables como educación de adultos —aunque cualquier intervención educativa estaría dentro del concepto de educación permanente—. Se trata de las intervenciones propias de la animación sociocultural (dinamización de un territorio concreto, apoyo a grupos o colectivos, gestión de centros cívicos, promoción y difusión cultural, etc.).

Afirmar que la animación sociocultural puede ser un sector profesional no significa atribuir tampoco la exclusividad de la metodología de la animación sociocultural a un colectivo profesional. Otros profesionales del campo de la educación, del trabajo social o de las ciencias humanas pueden recurrir también a dicha metodología. Ya hay quien ha afirmado, creo que acertadamente, que si bien la animación sociocultural es una práctica que incorpora siempre componentes educativos, ello no supone admitir que sea una práctica exclusivamente educativa (Trilla, J; 1993).

Si admitimos pues la existencia de este sector profesional, ¿por qué apostamos por la figura profesional del educador social? La respuesta habría que buscarla en la configuración histórica de este profesional en España y en la reflexión que podemos hacer de los

países en los que existe un corpus profesional de animadores socioculturales reconocido y con una larga tradición. Este es el caso de Francia. Es bien conocida su tradición de animadores socioculturales y su gran colectivo profesional, que agrupa más de 25.000 animadores. Este precedente puede servirnos para estimular el reconocimiento profesional de este colectivo, también a nivel español. Si hacemos una lectura más detallada observaremos que en este colectivo de animadores más del 71% ha ejercido otras profesiones antes, aunque se trata de un colectivo joven (el 64% tiene de 18 a 32 años) con una alta movilidad profesional puesto que el 70% piensa reconvertirse entre los 35 y los 40 años (Quintana, J.M.; 1993).

Con estos datos es difícil renunciar a una formación que dé una amplia base educativa que permita la adaptación y el reciclaje con facilidad. Es evidente y probada la alta transhumancia del educador social. Es justo que en la formación de estos profesionales se contemple una buena base educativa que les facilite el reciclaje y la adaptación a distintas modalidades de intervención socioeducativas y una adaptación a las nuevas necesidades educativas y sociales, las actuales y, sobre todo, las del futuro. No podemos formar sólo a los educadores/as sociales para los noventa. Debemos formar también a los profesionales de las primeras décadas del 2000.



Hacia una única identidad profesional: El educador social

La apuesta que permite la diplomatura en Educación Social, sin renunciar al sector profesional de la animación sociocultural, consiste en dotar de un conocimiento y una buena formación socioeducativa que permita y facilite esta movilidad en el trabajo social y cultural.

Todo ello puede ser motivo para reflexionar sobre la necesidad de dar, al menos por ahora, sentido, identidad y profesionalidad a una primera figura profesional: el educador social. Cuando ello sea una realidad, cuando esta figura profesional esté insertada y reconocida como tal en los distintos ámbitos, y cuando este primer paso se haya dado con seguridad, podremos estudiar la necesidad y oportunidad de avanzar otro paso más si el contexto social y profesional lo justifica.

Esta decisión puede venir reforzada por la necesidad, ya justificada, de dar sentido a la necesidad de globalidad y seguridad que requieren muchas de las intervenciones educativas que se realizan desde esta figura profesional. A este argumento podemos añadir también la necesidad, por ahora, de construir un cuerpo profesional fuerte que evite, de una vez por todas, el intrusismo profesional y que haga la presión necesaria para que se reconozca en todos los niveles administrativos y normativos necesarios esta figura profesional, así como su función e identidad. No hay que olvidar la necesidad de elaborar un código deontológico que identifique a este profesional. Sería absurdo que ahora se formularan distintos códigos deontológicos cuando hasta ahora el colectivo educativo ha carecido de ellos.

El hecho de apostar estratégicamente en este momento de construcción de la identidad profesional por una única figura profesional no significa renunciar a los distintos sectores profesionales ni a la especificidad de sus agentes. Más bien al contrario. Creemos que esta apuesta puede significar el fortalecimiento y la consolidación de determinados colectivos, posibilitando que se reconozca también su labor y profesión, de momento, bajo el nombre de diplomados en educación social. ■

Bibliografía

- Documento de las JORNADES SOBRE LA FORMACIO D'EDUCADORS I AGENTS SOCIOCULTURALS celebradas en mayo de 1988 en Barcelona y organizadas por la UB, UAB, Ajuntament de Barcelona y el Ministerio de Cultura.
- QUINTANA, J. M. (1993): "Los ámbitos profesionales de la Animación". Narcea, Madrid, pp. 166-167.
- REAL DECRETO 1.420/1991, de 30 de Agosto, BOE n.º. 243, jueves 10 de octubre 1991.
- TRILLA, Jaume (1993): "Otras educaciones. Animación sociocultural, formación de adultos y ciudad educativa". Anthropos, Barcelona, pp. 115-116.